

Ezequiel contra una tentativa de practicar en Babilonia el culto de Jehova. Semejante tentativa era una cosa inevitable tratándose de individuos de la antigüedad, cuya vida doméstica y pública estaba estrechamente enlazada y entretejida con actos de culto. Imágenes de Dios de madera y piedra veneradas desde la antigüedad mas remota en las familias judías, y que debían de haber eludido las pesquisas de Ezequías y de Josías, habían sido llevadas por estas familias al destierro; y es de suponer que en estas familias se conservara también el concepto tan antiquísimo como vivamente combatido por los profetas de que Jehova tenía alguna relación con estos ídolos por ser sus representantes materiales. A estas figuras no podía aplicarse, pues, la idea, proclamada con inflexible tenacidad por los profetas de Judea, de que Jehova vivía sola y exclusivamente en Sion. Por esto se hacían culpables en Babilonia de la veneración de tales imágenes, cabalmente aquellos judíos que no queriendo buscar en los cultos de divinidades y espíritus de los babilonios un equivalente del culto de Jehova que se veían imposibilitados de practicar, preferían recaer en las creencias y prácticas de los israelitas antiguos. Hasta criaturas sacrificaban a la manera antigua a estas imágenes, conforme se desprende de Ezequiel, 20, 31; y por esto no quiere Ezequiel profetizar a los jefes de las familias de Judá que solicitan su oráculo; les dice que solo un castigo purificador les hará volver al país de sus antepasados y pide que echen de sí estas imágenes y su culto, ya que Jehova solo quiere aceptar ofrendas y sacrificios en su sacra montaña.

No llegó con todo a formarse entre los expatriados el culto de Jehova, porque la idea de los profetas que Jehova tenía su morada en Sion se había arraigado ya demasiado en la fe religiosa de los judíos, y en esto hay que reconocer uno de los efectos mas robustos de la reforma de Josías, efecto que revela toda la importancia que la centralización del culto en el templo de Salomón, efectuada en 621, tuvo en el desenvolvimiento de la religión judaica. Solo algun individuo adoptó un culto extranjero; la masa ó comunidad, ó la *gola*, como la llamaban los judíos, ni tomó parte en ningun culto extranjero ni mostró su adoración de Jehova por medio de ofrendas y sacrificios. La masa del pueblo judío no pudo ya desechar la idea de los profetas, y aunque muchos judíos no llegaron probablemente a identificarse del todo con ella, ella quedó imperante y subyugó mas y mas a todo el pueblo. Así, pues, todo este pueblo expatriado continuó por convicción religiosa en la situación sin ejemplo de no practicar ningun culto, y en la imposibilidad de rendirlo a sus dios allí donde éste tenía su morada, se abstuvo también del culto de las divinidades imperantes en el país donde vivía desterrado.

CAPITULO II

EFFECTOS QUE PRODUJO EN LOS EXPATRIADOS LA DESTRUCCION DE JERUSALEN

Hemos sentado que los judíos tenían la firmísima creencia de que la caída de Jerusalén, anunciada anticipadamente por boca de los profetas, era un efecto de la voluntad de Jehova. Esta creencia fué una de las fuerzas que mas impulsaron el desarrollo de la fe religiosa de Israel; pero la destrucción de la ciudad, que no se creía inmediata consecuencia, produjo un efecto perjudicial a la religión. Así se desprende claramente del libro de Ezequiel que refiere expresamente el efecto que produjo la noticia de la toma y destrucción de Jerusalén en los judíos deportados desde el año 597 a Babilonia, los cuales al saberla quedaron completamente quebrantados. Su sostén espiritual había sido la esperanza de que

Jehova no tardaría en rodear de gloria la ciudad profanada por los sucesos del año 597, que rompería el yugo que sus vencedores le habían impuesto, que devolvería a los desterrados a su santa patria y los restablecería en sus dignidades y bienes. Esta era la causa de la oposición enérgica que habían hecho a Ezequiel despues que éste les había predicado la ruina de la ciudad y del reino de Israel, quitándoles la esperanza que los hacía vivir. Hasta el último momento habían esperado que la ciudad se salvaría de la destrucción y habían tenido la atención fija en los sucesos durante los esfuerzos postreros de sus habitantes, conforme se puede inferir de las profecías de Ezequiel que renueva sus agüeros ominosos al recibir la noticia del cerco (capítulos 21-24). Al instante comprendió Ezequiel el efecto que había de producir el terrible golpe que era ya inevitable, y el mismo día en que llegó la noticia del cerco de Jerusalén a Babilonia, predijo a sus compañeros de destierro que la toma de la ciudad les consternaría tanto, que en su espanto, desesperación é impotencia completa, olvidarían hasta las prácticas de luto, pero que a él se le abriría la boca, es decir, que quedaría muda la oposición que hacían a sus sermones. Así sucedió, y cuando el quinto día del décimo mes y undécimo año del destierro de Joachin un fugitivo llevó a Babilonia la noticia: «la ciudad está vencida,» volvió Ezequiel a ejercer públicamente su misión de profeta (cap. 33, 21. 22).

Este efecto se comprende, porque la noticia de la toma y destrucción de la ciudad conmovió en sus cimientos la fe religiosa de los deportados, que de golpe perdieron la fe en el poder y la justicia de Jehova. ¿Cómo podían tener en adelante fe en Jehova, habiendo éste mirado impasible cómo su ciudad era destruida y su santuario profanado por los paganos? La destrucción de Jerusalén era una deshonra para Jehova hasta a los ojos de los mismos paganos. ¿Qué se podía esperar de un dios que había mirado vivir dichosos a los idólatras del tiempo de Manasés y había dejado perecer miserablemente al piadoso y justo Josías a pesar de su reforma y consentido la destrucción de la ciudad? Verdad es que contra estas censuras se levantaba la antiquísima idea de que los hijos han de pagar las culpas de sus mayores, y ya hemos visto en la primera parte de esta obra que Jeremías justificó con esta razón la catástrofe. Pero la conciencia pública se rebeló contra esta explicación, porque desde mucho tiempo estaban imbuidos los judíos por sus profetas de la justicia de Jehova, y las exhortaciones de los profetas a la penitencia tenían por base la amenaza de que el pueblo sería castigado por los pecados de las generaciones vivientes, pero que sería salvado en las generaciones que se convirtieran a Jehova, pues todas las predicciones de tremendo castigo iban seguidas de los anuncios de salvación para los convertidos. En esto, la doctrina de los profetas acerca de la justicia divina estaba en oposición con la doctrina tradicional de la culpabilidad hereditaria, que los mismos profetas con sus exhortaciones a la penitencia venían a negar. Por otra parte, las generaciones vivientes que imbuidas por los profetas no querían someterse a la idea de ser castigadas por los pecados de sus mayores, se encontraban frente a frente de otro problema que a los profetas había pasado por alto cuando predijeron la ruina del reino de Israel: porque en la toma y destrucción de Jerusalén habían perecido justos y se habían salvado pecadores; ¿cómo hermanar estos sucesos con la justicia de Dios? ¿Qué razón había para que el individuo expatriado confiara en Jehova, cuando pesaba sobre él la culpa ajena que le condenaba a perecer aunque él fuese justo?

Sin embargo, los efectos de la ruina de la ciudad y del reino llevaban en sí también el remedio para sostener la fe conmovida; lo que había recibido un golpe mortal era la an-

tigua fe popular y tradicional en Jehova, que naturalmente había de parecer a sus adoradores despues de la gran catástrofe de Jerusalén ó un dios arbitrario ó de menos fuerza y poder que los dioses paganos. Mas los profetas durante dos siglos habían calificado de errónea esta idea de Jehova, cuyo culto y adoración les había escandalizado siempre y que segun ellos nada tenían que ver con el Dios de Israel, que por su boca hablaba al pueblo. La destrucción de Jerusalén no refutó sino confirmó la fe en el Jehova de los profetas. Este Jehova había amenazado durante dos siglos con la destrucción de la ciudad y del reino como castigo si el pueblo judío no se enmendaba, y había designado a los poderes de la tierra como instrumentos de que se serviría para ejecutar sus sentencias. La idea central de las profecías de Jeremías había sido en los últimos decenios que precedieron a la ruina de Jerusalén que Jehova había destinado la Palestina a los babilonios; que ninguna consideración al templo le impediría hacer caer su justicia sobre la ciudad rebelde y que la entregaría a Nabucodonosor. Este Jehova de los profetas anunció, por boca de estos, como obra suya, la destrucción de la ciudad y la profanación de su propio templo, porque, segun la predicción de Ezequiel, debía ocurrir la destrucción de Jerusalén para que Israel conociese «que yo soy Jehova» (véase cap. 24, 6, 7, 13 y 14, 12, 16, 15, 7, 33, 29). Envía a Judá al destierro para que conozca que es Jehova quien había hecho anunciar anticipadamente por sus profetas la destrucción del reino y de la ciudad (cap. 5, 13, 17, 6, 10). La caída de Jerusalén fué el triunfo de la justicia de Jehova y la justificación de las profecías: se había aplicado al pueblo incorregible de Israel el terrible y mayor castigo anunciado por los profetas, a pesar de toda la indignación de los sentimientos patrióticos. Con esto enmudeció toda la oposición contra los sermones de los profetas; pues si Jehova había dejado profanar y quemar impasible su templo, era prueba de que no gustaba del culto que allí se le tributaba y de que los profetas tenían razón cuando predicaban que Jehova abominaba aquel culto. Enmudecieron de una vez las befas porque las profecías no se cumplieran, y los que querían permanecer fieles a Jehova y a su nacionalidad, debían reconocer la exactitud de la explicación que los profetas daban acerca de Jehova y de su juicio sobre el pasado de Israel. Las ideas verdaderas por los profetas eran, pues, el único faro que daba luz al pueblo castigado por su Dios en su triste situación actual, para enseñarle el camino que había de seguir a fin de alcanzar un porvenir mejor.

De esta manera llegaron los partidarios de los profetas a ser súbitamente los directores de los destinos de Israel y el nuevo sosten, mas robusto que el anterior, que recibió la *gola* ó comunidad judía. El pueblo expatriado, al someterse a su dirección, renunció a las ideas pasadas y comprendió las presentes; sin renegar de sí ni de su porvenir, cobró una nueva confianza en Dios, tan robusta como jamás la había conocido, y vio el camino por donde podía librarse de la ira divina y alcanzar mejor porvenir.

Este cambio hizo posible que los expatriados formasen la comunidad judía y que se fijaran la misión de ésta y la forma interior en la cual pudiera manifestarse. El que abrió y despejó este nuevo horizonte y el que señaló y condujo al pueblo al nuevo camino, fué Ezequiel, que vuelve a hablar alto y a cuya propaganda pública ya nadie se opone (cap. 24, 27). La figura de este profeta domina toda la situación y dirige su desenvolvimiento; él es el padre espiritual y director de los expatriados, y a medida que llegamos a comprender aquellos tiempos y su vida intelectual y espiritual se engrandece esta figura y se ve mas clara. En su teología se encuentran las bases sobre las cuales se ha reunido y cimentado la

comunidad judía; pues él enseñó a sus compañeros de destierro a ver y comprender en la ruina de la ciudad el castigo bien merecido de la desmoralización y de sus extravíos religiosos, y al propio tiempo robustece su confianza en Dios y en un porvenir mejor; les arranca del pasado y de las ideas anticuadas, enseñándoles un horizonte nuevo y el camino por el cual pueden reconquistar la gracia de Jehova. El sosten moral de los desterrados fué desde entonces el anhelo de recobrar la Tierra Santa y de reconstituir allí el culto de Jehova, y la esperanza renovada y robustecida por Ezequiel de que conseguirán el logro de su deseo. Ezequiel además les enseñó el camino que debían seguir despues de haber reconstituido el pueblo de Israel en la tierra de sus mayores para continuar en la gracia de Dios recuperada. Él trazó el plan en cuya realización el pueblo judío posterior vió su misión, a saber: probar por la práctica religiosa verdadera que era el pueblo santo del Dios santo; apartar de sí por este medio la ira de Dios y conseguir el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas. Al trazar Ezequiel con mano firme el cuadro del porvenir, aumentó la esperanza de la futura gloria, de la venida de un salvador, y preparó el dominio de la ley, dando con esto forma a los dos pensamientos religiosos, procedentes de una misma raíz, que se completan mutuamente y que constituyen la base sobre la cual se han elevado la fe y las prácticas del pueblo judío. Hasta hoy se pueden observar todavía las vibraciones de la teología de Ezequiel, porque a él se deben en el fondo las ideas de la Nueva Jerusalén y de la milagrosa transformación de la naturaleza en la Tierra Santa y en el reinado del Mesías; ideas que nos ha transmitido el Apocalipsis y que todavía influyen en los pensamientos y sentimientos de tantos cristianos. Respecto de estos puntos, Ezequiel realizó los pensamientos que ya había expuesto con toda precisión en su esencia desde su primera aparición en la escena pública y de consiguiente mucho antes de la destrucción de Jerusalén; y la significación histórica de esta catástrofe y de la destrucción del reino de Israel en el año 586, consiste en haber despejado el terreno para la aplicación y el desarrollo de las ideas sembradas por los profetas. Así se comprende la importancia, señalada por Vatke, del hecho de haberse verificado gradualmente la destrucción del reino israelita.

CAPITULO III

EL PUEBLO JUDÍO ROMPE CON SU PASADO. TRANSFORMACION DE LAS ANTIGUAS TRADICIONES HISTÓRICAS

Ya en la primera parte de esta obra hemos indicado que Ezequiel produjo con sus sermones el rompimiento del pueblo judío con su pasado israelita, a cuyas ideas renunció en adelante. En ningun otro punto preparó mas claramente Ezequiel el espíritu y modo de ver del pueblo judío posterior a la cautividad de Babilonia, que en este cuya convicción estaba ya mucho antes de la destrucción de Jerusalén, perfectamente formada en su ánimo. Verdad es que no fué él en realidad el creador de este modo de ver que considera todo el pasado del pueblo bajo un punto de vista religioso, nuevo y extraño a la índole del pueblo, punto de vista que la masa general no comprende, antes lo condena como un error culpable ó lo interpreta mal. Segun hemos visto en la parte primera de esta obra, ya Oseas, cuando la decadencia del reino israelita del Norte, había iniciado esta manera de considerar el pasado del pueblo; y por esto Ezequiel, en aquellos trozos de su libro que tratan del pasado de Israel, se acerca tan visiblemente a Oseas, lo mismo en la sustancia

ranza mesiánica, como se explica el lenguaje despreocupado respecto de los santuarios antiguos teniendo presente que se habla del tiempo de Salomón. Estos historiadores van en realidad más lejos que el punto de vista del Deuteronomio y que los arregladores del Libro de los Reyes, porque juzgan el pasado como Ezequiel. Para ellos pecó Israel con sus prácticas de culto falso desde la inmigración en Canaan, y solo los contemporáneos de Josué permanecieron fieles. Apenas hubieron muerto los antiguos que habían presenciado los grandes hechos de Jehová, Israel abandonó a Jehová y adoró dioses extranjeros. Este, y no el culto falso de Jehová en las alturas, es para estos autores el pecado de Israel. Israel, desde su inmigración en la tierra de promisión, debía haberse dejado gobernar directamente por Dios, pero renunció a esta dirección porque se entregó a los cultos de otros dioses y finalmente hasta se eligió un rey. Con esto quedó definitiva e irremisiblemente condenado todo el pasado del pueblo judío, porque este pasado resulta ser una cadena de transgresiones culpables. Estos autores deuteronomistas no dicen nada por lo demás de las restantes condiciones de su teocracia, ni tampoco del estado moral e idealista de Israel en el tiempo en que anduvo por la senda religiosa verdadera, ni saben decir cuáles fueron las transgresiones religiosas que interrumpieron los períodos en que fué fiel a Dios. Esta incapacidad de trazar cuadros claros indica que estos autores fueron de aquellos desterrados que jamás habían visto ni un reino o Estado fiel a su culto, ni las transgresiones de culto del pasado, ni conocían los preceptos precisos de culto que se fijaron posteriormente. Además se descubre el tiempo en que escribieron por su polémica contra la monarquía. De esta manera nació aquel modo de mirar la historia según el cual el pueblo de Israel tuvo por concesión divina, desde el principio de su vida histórica, la centralización nacional, que solo consiguió en el transcurso del tiempo y en el de su desenvolvimiento progresivo. Además se pretendió que la unidad nacional tuvo la forma de un Estado gobernado por Dios, y que ya existió la situación ideal de la esperanza mesiánica durante el desarrollo religioso y político del tiempo de los reyes; solo que los pecados de los antepasados perdieron este ideal. Así se transforma a los héroes que rigieron la nación antes de la época de los reyes en representantes del poder teocrático, que gobernaron el pueblo desde Moisés hasta Saúl en el nombre de Dios, hasta que Samuel, el último de estos representantes de Dios, introdujo a petición del pueblo la dignidad real, que de esta manera resultó también una merced que Dios concedió a su pueblo. Sin embargo, aquella fué una concesión hecha a la impiedad del pueblo, concesión contraria al ideal religioso que únicamente debía regir al pueblo de Dios. Israel por otra parte jamás se mostró agradecido a ninguno de sus jueces, pues la muerte de cada juez fué siempre la señal de un nuevo abandono de Jehová, hasta que el castigo ejecutado por un pueblo extranjero obliga a Israel a acudir a Jehová en busca de auxilio. Así resultó una historia del pueblo de Israel antiguo, compuesta de una sucesión casi rítmica e incomprensible de pecado y castigo, conversión y perdón, favor y desvío, y en la cual hay verdad y poesía y se mezcla y confunde lo antiguo con lo moderno.

En la parte primera hemos visto que el culto de Israel se enlazó con las instituciones que este pueblo encontró en Canaan; de suerte que, mirado desde el punto de vista de los profetas, tenía este culto, como también hemos visto, muchos elementos paganos. En la historia pasada hubo, pues, en realidad un gran período de abandono del culto patrio y de adopción de cultos extranjeros, a saber: el tiempo de Manasés; pero fué injusto, aunque se explica que se juzgara desde

este punto de vista, es decir, desde la infidelidad del siglo VIII anterior a nuestra era, todo el pasado de Israel. Al condenar los profetas el culto en las alturas no vieron lo que este culto tenía de nacional, ni tampoco que el culto moderno, además de no estar todavía claramente perfilado, era un desarrollo y perfeccionamiento del primitivo. Este juicio deuteronomista, ignorante del desenvolvimiento gradual histórico, é injusto al condenar todo el pasado en globo, constituye por un lado el gran defecto intrínseco, y por otro lado la gran importancia del espíritu y del trabajo religioso de los profetas.

Otro punto hay en el cual el modo de ver moderno mezcló verdad y fábula, y que tuvo también gran trascendencia en la historia posterior del pueblo. La historia antigua de Israel consiste en una serie no interrumpida de terribles humillaciones que tuvo que sufrir por parte de los pueblos vecinos, y de actos heroicos de sus hijos que le devolvieron la libertad perdida, hasta que finalmente sucumbió ante un enemigo demasiado poderoso para que pudiesen vencerlo los héroes nacionales. En la antigüedad, el pueblo de Israel atribuía sus calamidades, desastres y catástrofes a la ira de Dios; y al verse libre de ellos, alababa a Dios por su poderoso auxilio; pero no tenía idea de que los actos de ira, como los auxilios de su Dios, fueran originados, como después le dijeron los profetas, por su inobediencia o por su obediencia a los preceptos de su culto. Esto, no obstante, quizás creía haber ofendido a Dios al ver que no le ayudaba contra sus enemigos, sin que la ofensa fuese precisamente religiosa, ni general hecha por todo el pueblo. Los profetas introdujeron en el pueblo y en su historia el principio nuevo de los castigos de Dios por faltas religiosas cometidas por todo el pueblo; pero en esto consiste la importancia religiosa de este principio para el judaísmo. De esta manera la historia antigua de Israel viene a ser en los profetas una predicación de la bondad de Dios y de la ingratitud de Israel, una amonestación continua a enmendarse y convertirse de sus errores y extravíos; los profetas no escribieron historia, sino una instrucción religiosa para el pueblo judío.

Algo diferente es el trabajo de los deuteronomistas que arreglaron el Pentateuco y el Libro de Josué. Entre estos, hay que distinguir los arregladores del Deuteronomio de Josías, que dejamos ya caracterizados en la parte primera, de los que intercalaron este libro ya amplificado en el Pentateuco. Los primeros muestran el mismo interés por la doctrina del castigo de Dios, propagada por los profetas, que por la explicación de la ruina de Israel, como lo prueba el Deuteronomio, cap. 27-30. Falta saber si quisieron sustituir a una relación más antigua la recapitulación de la relación que hacen J. y E. de las peripecias de Israel desde su residencia al pie del Sinaí, recapitulación que hoy forma la introducción del libro del Deuteronomio. En el Libro de Josué, hay también pasajes que recuerdan los libros de los Jueces y de Samuel; trozos que sustituyen a otros eliminados (Josué, capítulo 1) y trozos de relaciones antiguas, que al fin no se eliminaron (Josué, cap. 23, comparado con el cap. 24). Por este estilo puede juzgarse también en el Deuteronomio, 32, el himno de alabanza y de despedida de Moisés comparado con el cap. 33, y la bendición de Moisés (1). Este himno también habla de la suerte y de las vicisitudes de Israel desde el punto de vista de la teoría de los profetas, pero está teoría enmudeció casi completamente al referir los deuteronomistas las leyendas de J. y E. del Génesis, y si en algo se obser-

(1) En el periódico alemán: *Zeitschrift für die alt-testamentlichen Wissenschaften*, 1886, págs. 297 y siguientes, se ha demostrado que el cap. 32 del Deuteronomio no pudo ser escrito antes de Jeremías.

va su intrusión es en puntos secundarios. Los trozos intercalados y los retoques tienen únicamente por objeto armonizar las relaciones antiguas del Pentateuco con el contenido del Deuteronomio, y son además en parte preceptos.

La amalgama del Deuteronomio amplificado y de los libros de J. y E., que entonces formaban ya un conjunto, dió a los judíos un código por el cual se rigió el pueblo, y muy particularmente la comunidad de Jerusalén, durante el primer siglo de su existencia, hasta que Esdras introdujo el código de los sacerdotes.

Los arreglos del material de la tradición antigua según el espíritu del Deuteronomio, no se hicieron solamente en el tiempo de la expatriación, sino también después; cosa muy natural, porque dominando ya el juicio histórico deuteronomista, y habiéndose formado un lenguaje con sus fórmulas, expresiones y giros particulares propios de esta manera de ver la historia, lenguaje que los escritores usaban ya inconscientemente, había de continuar esta manera de representar la historia hasta que las ideas religiosas más desarrolladas en el transcurso del tiempo empezaran a salir de este cuadro. Solo cuando tales moldes no bastaron ni respondían a los intereses religiosos, debió desaparecer este modo de considerar la historia, pero no antes. Los escritos de Esdras y Nehemías ofrecen prueba evidente de esta verdad en su grande afinidad con las ideas y la forma de los escritos deuteronomistas; y por eso los toques y el carácter deuteronomistas de cualquiera escrito del Antiguo Testamento no son ninguna prueba de que el tal escrito sea más antiguo que el Deuteronomio y de que no haya sido retocado, pues se han descubierto estos retoques en escritos cuyo espíritu histórico obedece ya por sí a la influencia del Deuteronomio (1). El juicio histórico deuteronomista condenatorio del tiempo del reino israelita del Norte ha quedado imperante en el pueblo judío, pero en cuanto al resto de la historia de Israel, este espíritu deuteronomista fué reemplazado por otro que indicamos al principio de la primera parte y que expondremos en adelante más detalladamente.

CAPITULO IV

LA NUEVA SITUACION Y LA NUEVA CONFIANZA EN DIOS

Al romper los deportados con su pasado y al aprender a juzgarlo y condenarlo a la luz de las ideas de los profetas, despertó el pueblo judío a una vida nueva. Comprendiendo que la destrucción del reino fué un castigo merecido, llegó a comprender su destino nuevo y a reponerse del golpe que había recibido en su fe religiosa. Sin embargo, la contemplación de lo pasado no dejaba de entranar el peligro de desalentar a los judíos y de paralizar su energía moral. Para que esta contemplación produjese el efecto de una demostración de la justicia de Jehová y de una exhortación a la penitencia, era necesario que se considerase al pueblo como un individuo colectivo moral y a las generaciones que habían asistido a la ruina del país como particularmente culpables. De otro modo la deportación resultaba ser el castigo de una culpabilidad hereditaria, y esto habría sido contrario a la doctrina de la justicia de Dios, enseñada por los profetas. Esto explica por qué Ezequiel (cap. 8-11; cap. 17 y 22) insiste tanto en condenar los pecados religiosos de los judíos que quedaron después del desastre del año 597 en Jerusalén, y para evitar

(1) Mucho tiempo debió de durar esta tendencia, pues así lo prueba la interpolación del sermón de Salomón al consagrar el templo, sermón enteramente deuteronomista. (1. Reyes, 8, 15 y siguientes y los versículos 44-51, como también la falta de algunas interpolaciones deuteronomistas en los LXX. Compárese Josué, cap. 20.

el obstáculo de la culpabilidad hereditaria, dice que la destrucción del reino era cosa necesaria, aunque no fuese más que por los pecados de las generaciones vivientes, y pinta estos pecados con los colores más vivos. Sin embargo, esto no sacó a Ezequiel del dilema en que había entrado, porque los desastres nacionales ponían de manifiesto que en ellos habían sido víctimas muchos justos, mientras se habían librado muchísimos pecadores. Además los profetas no habían pensado (2) en otra cuestión, a saber: cuál era la relación que la suerte del individuo guardaba con su conducta personal y con la suerte de todo el pueblo. Los sermones de penitencia de los profetas, la legislación deuteronomista, después la expatriación y las vicisitudes particulares, habían despertado en los individuos la convicción de que la justicia divina debía regir necesariamente el destino de cada individuo como regía el de todo el pueblo, y de que no era justo que las personas que observaban todos los preceptos de la ley pagasen las culpas de sus antepasados o de sus compatriotas. Si esto sucedía, entonces no podía creerse en la justicia de Jehová ni en su amor paternal, y desde luego era inútil, o poco menos, que el individuo cumpliera con sus deberes para con un Dios del cual nada podía esperar. Esta paralización de la energía moral individual era un peligro grandísimo. «Si nuestras maldades y pecados pesan sobre nosotros, ¿cómo es posible que prosperemos?» (cap. 33, 10). Este era el espíritu que debía combatir Ezequiel. Si faltaba la confianza religiosa, no podía haber aliciente para conducirse con rectitud y moralidad, y entonces los expatriados perdían, con el apoyo de la religión, el lazo nacional y corrían peligro de difundirse entre los paganos, peligro tanto más de temer, cuanto que el lazo religioso había sido aflojado ya con la traslación del pueblo judío a otro país donde no habitaba su Dios nacional.

Si por el contrario los expatriados conservaban firme su fe en la justicia y el amor del Dios salvador de Israel, era preciso admitir que Dios regía no solamente el destino de la nación, sino también el de cada individuo, según los principios de justicia; era necesario aplicar la doctrina de la recompensa y del castigo merecidos no solamente al pueblo, sino también a los individuos. Solo cuando el individuo llegara a convencerse de que Jehová quería la salvación y el bien del individuo, y que solo castigaba cuando a ello le obligaban los pecados y flaquezas del hombre; solo cuando el individuo se convenciera de que la justicia de Dios le aseguraba su salvación y su dicha, a pesar de toda desgracia nacional; solo cuando por efecto de estas convicciones comprendiese el hombre la responsabilidad de su conducta personal, solo entonces la desdicha nacional podía servir de aguijón para fomentar la moral.

Este es el camino elegido por Ezequiel, el cual, por lo general, mira al pueblo decididamente como una individualidad responsable de su propia ruina. Por eso este profeta es el creador de la doctrina de la responsabilidad individual del judaísmo, y la formula resueltamente en tres pasajes de su libro, cap. 14, 13 y siguientes, cap. 18 y cap. 33. Adviértese la importancia religiosa práctica de esta doctrina con solo observar que Ezequiel la une en el capítulo 14 a una amonestación para que se abandone el falso culto; que en el cap. 33 la enlaza con la explicación de la misión del profeta de dar la voz de alerta a los pecadores, y que en el cap. 33 la contrapone, como en el cap. 18, a las dudas suscitadas acerca de la justicia de Jehová. Es evidente que la doctrina

(2) El capítulo 33 de Josué, que reconoce la doctrina del castigo individual, no procede de Isaías, sino que fué escrito posteriormente al destierro.

que en la expresion de este tema. Tambien se acerca al Deuteronomio, el cual al centralizar el culto en el templo de Salomon, una vez fundado este templo, hace posible el desarrollo del punto de vista profético, porque facilita la medida para medir la justicia relativa del pasado. En esto sigue tambien Ezequiel las huellas del espíritu de los profetas y del Deuteronomio; porque mientras Oseas habla de un amor juvenil de Israel á Jehova (cap. 2, 19) (1), y mientras el Deuteronomio ningun juicio expresa sobre el estado de Israel antes de Salomon, y solo indirectamente da su opinion sobre el estado del pueblo en el tiempo transcurrido desde Salomon hasta Josías, Ezequiel declara todo el pasado de Israel pecaminoso y desagradable á Dios, porque desde un principio ha faltado á las «prescripciones» y á los «derechos» de Dios. La importancia de Ezequiel se ve tambien en esto, porque resume la última palabra de los profetas respecto de Israel, convence á sus compatriotas de la exactitud de su juicio y les induce á renunciar á los conceptos antiguos de la índole y mision de Israel.

Con esto puso tambien fin á la confusion que se habia introducido en el espíritu del pueblo tocante á su historia desde la muerte de Josías, y que habia encontrado su expresion en aquel adagio clásico de las uvas agrias. Luego veremos la significacion práctica de esta parte de la obra de Ezequiel.

Para formular su juicio sobre lo pasado, parte Ezequiel de lo presente, y en esto se descubre el interés religioso práctico que forma el fondo de todos sus escritos, lo cual se debe tener muy presente para juzgarlos bien, en lugar de ver en ellos solo especulaciones teóricas sobre lo pasado. Lo que en ellos se propone Ezequiel es demostrar que la ruina de Jerusalem era merecida, y necesaria como efecto de la justicia de Dios; quiere convencer á sus compatriotas de que es preciso tomar de la mano de Jehova el desastre nacional como castigo justo, y les exhorta además á no continuar atrayendo por el pecado anterior la ira de Jehova sobre Israel. La condenacion de lo pasado exige la amonestacion á convertirse, y la descripcion de los grandes pecados del culto anterior sirve de introduccion á la descripcion del culto verdadero que el pueblo debe practicar en adelante. Por eso todos los trozos en que Ezequiel declara pecaminoso el pasado del pueblo van enlazados con profecías acerca de la ruina de Jerusalem y con acusaciones contra la generacion existente. Así lo patentiza en el capítulo 20 la profecía contra el culto de Jehova que practicaban los deportados, y sobre todo en el cap. 16 la relacion de Jerusalem, la adúltera, y en el cap. 23 la de las meretrices Ohola y Oholiba, en cuyas relaciones Ezequiel, siguiendo la idea de Oseas, habla del adulterio de Israel, en imágenes que ofenden al gusto moderno y que desenvuelven de un modo desagradable. Segun su conviccion es necesaria la destruccion de la ciudad y del templo por el pecado de las generaciones existentes, y como los demás profetas ve en el culto practicado por sus contemporáneos la enorme culpa de estas generaciones (cap. 5, 11. cap. 6. cap. 8). El templo debe ser tambien destruido porque ha sido profanado por el culto falso. Admitido esto, resulta necesaria la consecuencia que todo el pasado de Israel habia sido pecaminoso, pues el culto en las alturas habia sido practicado siempre y hasta de una manera mucho peor que lo practicaban los contemporáneos de Ezequiel. Mirado bajo este punto de vista el pasado de Israel era una negacion de Jehova y una infraccion de los mandamientos de Dios; el falso culto es el gran pecado de todo el pasado; ya en Egipto, Israel habia desobedecido el mandato de Jehova de arrojar sus imágenes de Dios y de no

(1) Lo expresan tambien mucho mas claramente Isaías, 1, 21, y Jeremías, 2, 2 y siguientes.

venerar las imágenes de los dioses egipcios; y si Dios entonces no lo castigó, fué por atencion á su propio nombre; y lo sacó del Egipto, lo condujo al desierto donde le dió sus mandamientos y leyes para que cumpliéndolos cobrara vida. Le dió como signo religioso sus dias de descanso (cap. 20, 5 y siguientes); pero en el desierto tambien fué Israel desobediente á Jehova entregándose á la idolatría, y si Dios entonces no lo aniquiló y lo condujo á la Tierra de Promision, fué por compasion y para no profanar su propio nombre ante los pueblos que habian visto su liberacion. A pesar de esto, las generaciones que sucedieron fueron tambien desobedientes, despreciaron los mandamientos y derechos de Jehova y profanaron los dias de fiesta. El énfasis con que Ezequiel condena el olvido de los dias del Señor es enteramente nuevo, pues ningun profeta anterior marca tan fuertemente la santidad de los sábados (2), y esto hace suponer que alguna falta grave de sus contemporáneos ofendió la religiosidad de Ezequiel. Para castigar á Israel por su desobediencia incorregible, Jehova le juró ya en el desierto que lo desterraría (capítulo 20, 23), y le hizo sacrificar sus propios hijos para que viesese que no comprendía á Jehova como debia (cap. 20, 25) (3). Cada colina elevada y cada árbol frondoso servian á Israel para hacer allí sus sacrificios y sus ofrendas ignominiosas (cap. 20, 28). Para Ezequiel es Israel la casa de la desobediencia, y él es enviado á amonestar á los que han sido los mayores desobedientes hasta entonces (cap. 2, 3). Segun Ezequiel, todo el tiempo transcurrido desde el establecimiento de Israel en la Tierra de Promision hasta su destierro es una época de negacion de Dios y de idolatría egipcia, asiria y babilónica (4). Esta condenacion del pasado religioso de Israel implica tambien necesariamente la del pasado político; y no solamente porque á los sitios de culto se unen los recuerdos gloriosos del pasado, sino porque la sola idea de un desenvolvimiento político, á imitacion y en emulacion del de otros pueblos, constituia un extravío culpable y contrario á la voluntad de Dios, pues era faltar á la mision de mostrarse y ser el pueblo santo de Jehova. Este razonamiento apaga el lustre de los que la imaginacion del pueblo recordaba como títulos de gloria y los convierte en manchas feas. Hasta qué punto demostró Ezequiel la ineptitud del pueblo judío posterior al destierro para comprender su pasado bajo el punto de vista histórico, lo evidencia el hecho de convertir, como convirtió, la hermosa imagen de la noble vid que Jehova plantó y cuidó en las montañas de Israel, y que pagó su solicitud dando uvas agrias, en la imagen de la madera de la vid que únicamente sirve de leña, y de la cual no se puede

(2) Lo dicho en Jeremías, 17, 19 y siguientes, es espúreo, como hemos notado en la primera parte, pero desde Ezequiel menudean estas amonestaciones.

(3) Viene á decir claramente en estos pasajes que el sacrificio de niños formaba parte desde tiempo remotísimo del culto de Jehova. Es interesante en estos trozos la manera de mirar y juzgar todo el pasado religioso de Israel con arreglo á las costumbres religiosas que prevalecian en la época de Manasés, segun lo hacen en mayor escala Ezequiel y los escritores que como él y como el Deuteronomio consideran la historia. Sobrte este pasaje importante para la historia del culto de Jehova, ya hemos llamado la atencion en la parte primera.

(4) Esta expresion revela tambien su origen posterior al tiempo del culto asirio-babilónico del reinado de Manasés. Quizás fundándose en la idolatría de este rey, supone Ezequiel que Israel habia adoptado de Asiria-Babilonia y del Egipto cultos de estos países, porque la adopcion de cultos extranjeros por el pueblo de Israel va siempre unida á relaciones políticas con las otras naciones; quizás tambien alude á hechos positivos de esta clase de idolatría, de cuya introduccion en Israel no existen otros datos; y es igualmente posible que Ezequiel aluda en este pasaje solo al trato político de Israel con los citados pueblos, á la manera que lo habia hecho ya antes de él Oseas. Para decidirnos por una ú otra de estas probabilidades, no nos da bastante luz lo que dice del adulterio de Jerusalem y de las meretrices Ohola y Oholiba.

hacer estileo ninguno, ni siquiera una estaca como se hace de la madera de los árboles silvestres (cap. 15).

El que semejante juicio sobre lo pasado de Israel llegase á dominar la opinion, significaba algo mas que un mero cambio en el modo de juzgar la historia, cambio que se opera en todos los pueblos que tienen vitalidad; significaba entre los judíos que este pueblo renegaba radicalmente de su pasado, con sus ideas y propósitos, y adoptaba ideas y propósitos nuevos. Semejante cambio envuelve siempre el peligro de la desaparicion de las tradiciones históricas antiguas, porque como estas contradicen el espíritu de las ideas nuevas, se hacen tentativas para presentar las cosas pasadas de una manera adecuada á los sentimientos religiosos modernos (1); y de esto resulta que los recuerdos históricos antiguos se arrinconan, se borran y finalmente se extinguen mas ó menos completamente.

No sucedió así del todo con los del pueblo de Israel, y diremos la causa.

La transformacion de las convicciones religiosas no se operó en el pueblo judío de repente y de una vez. El modo de ver moderno propagado por los profetas habia influido ya desde muchísimo tiempo antes en los hechos y recuerdos históricos, y sobre todo el Deuteronomio habia dado lugar á un modo particular de escribir la historia mucho antes de la expatriacion á Babilonia.

Por otra parte, los antiguos recuerdos históricos eran uno de los pocos restos nacionales que habian quedado al pueblo de Israel de su naufragio, y mas que esto y mas que todo salvó aquellos recuerdos y robusteció su autoridad la esperanza de un restaurador de las glorias de Israel. Esto obligó á los directores del pueblo á conciliar su modo de ver moderno con estas tradiciones históricas antiguas; á todos animaba la esperanza de volver algun dia al país de sus mayores y reconstruir allí un nuevo reino ó Estado libre de los defectos y pecados del antiguo, y además los recuerdos del tiempo pasado servian de escarmiento saludable para la generacion existente y las venideras, por manera que existia tambien un poderoso interés religioso que impedia el oscurecimiento completo ó la eliminacion de los hechos históricos antiguos. Así se han conservado de estos recuerdos restos valiosos suficientes para lamentar la parte perdida durante el destierro, pero tambien para formarnos una idea del desarrollo verdadero de la historia de Israel.

La transformacion del juicio histórico explica aquel obstáculo que tanto nos ha dificultado la relacion de la historia anterior al destierro, es decir, el hecho de que ningun escrito anterior al destierro que refiera tradiciones antiguas y la historia de Israel, se haya conservado sin haber sido retocado para hermanar su contenido con el modo de ver moderno, y aun para autorizarlo y confirmarlo. Esta adaptacion de las tradiciones antiguas á la idea moderna las ha salvado del olvido y de la destruccion. Las relaciones antiguas así salvadas se dejan despojar fácilmente del barniz legendario fabuloso ó sea no histórico que se les ha dado para en-

(1) No siempre son las convicciones religiosas las que impiden á los pueblos comprender su historia y les hacen modificar y transformar el recuerdo de sus hechos históricos para adaptarlos á sus nuevas ideas como lo hicieron los judíos y como lo ha hecho en mayor escala la iglesia católica, pues igual efecto producen las grandes y vivas agitaciones políticas. Los franceses modernos son cada dia mas incapaces de comprender la marcha verdadera de su historia. Así la transforman segun conviene á sus ideas políticas, introduciendo en ella leyendas, á menudo torpe y descaradamente inventadas, y luego defienden su modo de ver con el fanatismo que engendra la conviccion implantada ó resultante de las condiciones intelectuales propias, y ya se sabe que la vida intelectual del pueblo francés se ha formado sobre el catolicismo, es decir, que su origen es religioso.

lazarlas con el juicio histórico mas moderno. Fué una fortuna para los historiadores de hoy que los transformadores de aquellas tradiciones salvadas del olvido total no vieran las contradicciones en que incurrieron, pero que se explican, porque por una parte se propusieron hacer imperar su idea religiosa moderna, y por otra querian salvar los recuerdos nacionales. Esta clase de mediadores, contenta con haber encontrado un camino de salir de su compromiso, prescindie de las contradicciones y se abstiene de seguir las cosas hasta sus últimas consecuencias.

Otra circunstancia contribuyó en gran manera á este resultado y fué que esta manera de referir y explicar la historia por las transgresiones de Israel y condenando todo el pasado del pueblo no empezó despues de Ezequiel, sino mucho antes por las predicaciones de los profetas y por la reforma deuteronomica, por lo cual le damos tambien este último nombre.

Si todo el pasado hubiese sido mirado y juzgado desde luego y de una vez desde el punto de vista proclamado por Ezequiel (cap. 16, 20, 23), difícilmente se habrian conservado ni las tradiciones legendarias de antiguos santuarios locales, ni las históricas en la medida que han llegado á nosotros las del Génesis hasta las de Samuel inclusive. Los redactores y arregladores deuteronomistas de los libros antiguos juzgaron los textos desde el punto de vista del Deuteronomio, es decir, bajo la idea de que la centralizacion del culto se efectuó en el reinado de Salomon y no antes, y por esto les parecieron regularmente tolerables las tradiciones del Génesis, que todas son de cultos locales, así como las antiguas de los libros de Josué, de los Jueces y de Samuel.

El arreglo deuteronomista de las tradiciones antiguas empezó cuando todavia existia el reino de Judá, siendo buena prueba de ello aquel mismo arreglo anterior al destierro del Libro de los Reyes, de que tratamos al principio de esta obra, y la ingenuidad con que refiere el arreglador la reforma de Josías, lo cual supone que este autor vivia en la época de este rey. Ya no sabe explicar lo que sucedió antes, como la reforma de Ezequías; para él son malos todos los reyes anteriores, porque todos practicaron culto idólatra en las alturas, excepto David, que no podia regirse todavia por el Deuteronomio, y excepto Ezequías y Josías, que cumplieron con todos sus preceptos. Para el mismo autor arreglador el gobierno de Israel es una teocracia que tiene por centro el templo y su culto; pero no comprende que este sistema y la existencia de los reyes son dos cosas muy contrarias. Jehova destruye el reino de Israel para castigar al pueblo por sus prácticas idólatras en las alturas, y despues tocó el mismo castigo al reino de Judá, á quien Jehova arrojó de su presencia por los mismos pecados. Importante es tambien que este autor refiere al final el perdon de Joachin, en el año 561, no solamente porque así consta la época en que el arreglador escribió, sino porque se demuestra que se hizo el arreglo entre los que fueron deportados con Joachin y se explica la influencia de la esperanza de la venida de un salvador y restaurador de las glorias nacionales.

Ambos trabajos vienen á ser una relacion histórica influida por la idea deuteronomista acerca de lo pasado, pero utilizando y enlazando tradiciones antiguas; y es probable que solo desde entonces se haya pensado en armonizar los textos históricos antiguos de los israelitas con el criterio histórico posterior por medio de intercalaciones, supresiones y modificaciones. A esta tendencia deben los libros de los Jueces y de Samuel sus pasajes deuteronomistas y su forma actual; y los escritores deuteronomistas que trabajaron en ellos parece que juzgaban los sucesos pasados con mas benevolencia que los autores del Libro de los Reyes. Enaltecieron mas, ciertamente, la figura de David; pero esto se explica por la espe-